

LA FE Y LA RAZÓN¹

I

Ille igitur qui considerat simpliciter altissimam causam
totius Universi, quae Deus est, maxime sapiens dicitur.

.....

Sacrata autem doctrina propriissime determinat de Deo
secundum quod est altísima causa. S. Th. Prim. P. quaest.
v. art. 6.

Una de las cosas más interesantes al hombre es el estudio de la filosofía. Él ilustra su entendimiento y rectifica su voluntad, y por lo mismo le ennoblece y perfecciona. Puede decirse que en el estudio de la filosofía se revela en gran parte esa grandeza y dignidad, que, al través de mucha pequeñez y envilecimiento, se advierte en el hombre.

En el estudio de la filosofía halla el hombre la razón de su existencia y la de los demás seres. Por él se da cuenta de sus propios actos y de las relaciones que le unen con el Universo. Por él se eleva hasta el conocimiento de una primera causa, hasta, el conocimiento de Dios. Y de esta suerte conoce el principio y fin de su ser y de todas las otras cosas: el principio y fin de todo lo existente y posible: ¡Tan importante es la filosofía! Mucho, debe interesar, por lo tanto, formarse ideas genuinas sobre su índole y carácter, y sobre su armonía con la revelación.

Esto es lo que vamos a dilucidar, siquiera sea con algún laconismo, en el presente escrito.

No faltan hombres, y bastantes por desgracia, de instrucción y de talento, que, al ocuparse de la filosofía, prescinden completamente de la doctrina revelada, creyéndola incompatible con ella. Así no dudan en afirmar que la fe es contraria a la razón; y de aquí que afirmen también que aquella es la muerte de esta; de aquí la proposición por ellos sostenida de que *una cosa puede ser verdadera en filosofía y falsa en teología y viceversa*.

Pues bien: es necesario, hacer ver que esto es falso; que antes al contrario, la fe ilustra a la razón y la sirve de guía para que no se extravíe; que ambas armonizan perfectamente; y que por lo mismo, no puede haber una verdad de razón contraria a otra de fe, o vice-versa.

¹ Este opusculito fue premiado con *accesit*, un diploma y el título de socio honorario para el autor, por la *Sociedad católica de Amigos del pueblo* de Barcelona, en el certámen celebrado por la misma en 26 de Septiembre de 1869.

«Una cosa verdadera no se opone a otra verdadera «*Verum vero non opponitur*».

Siendo, pues, Dios autor de la revelación y de la razón, y no pudiendo engañarse ni engañarnos por ser la verdad por esencia, no puede ser una cosa falsa según la fe, y verdadera según la razón, o al contrario.

En esta doctrina del Ángel de las escuelas se da la razón de la armonía que existe entre las verdades reveladas y las naturales, entre la razón y la fe. No hay más que un principio de verdad, principio infalible, y ese principio es Dios, que ha establecido los dos órdenes, de la gracia y de la naturaleza, y en ambos se manifiesta al hombre por medio del conocimiento de la verdad: luego ésta es una sola por parte de su origen. Se divide y desparrama en muchos raudales, es cierto; pero la fuente no es más que una. De modo que en todas sus manifestaciones, en todos sus raudales es, en cuanto tal, de la misma naturaleza y conserva una rigurosa identidad en medio de las más marcadas diferencias y de la mayor diversidad. La diferencia y la diversidad están sólo por parte de lo material, no de lo formal, de la verdad.

Por esto es muy interesante y algo metafísico por otro lado, y por lo tanto debemos ampliar un poco más estas ideas. Cuando decimos que la verdad es una en todas sus manifestaciones, no queremos decir que lo sea, de tal modo que bajo algún punto de vista no sea múltiple; porque si la consideramos con relación a los términos en que se realiza, es tan múltiple y varía como lo son éstos: así decimos: «verdades sobrenaturales» «verdades naturales» «verdades físicas» «verdades morales»; según que nos referimos a objetos del orden sobrenatural, natural general, o a las reglas de las costumbres; pero todas estas son divisiones accidentales y secundarias de la verdad, como verdad; no esenciales y primarias: así, ya lo hemos dicho, la verdad es indivisible. «La verdad, dice Santo Tomás, (quaest. Disp. De verit. Cuaest 1ª art. 4º) se encuentra propiamente en el entendimiento divino o humano...pero en las demás cosas se encuentra por relación al entendimiento. Luego en el entendimiento divino existe la verdad propia y primariamente; en el entendimiento humano se halla también con propiedad aunque secundariamente; pero en las cosas se halla impropia y secundariamente; pues solo les conviene por comparación a la verdad de alguno de los entendimientos. La verdad, pues, del entendimiento divino, es una solamente, de la cual se derivan al entendimiento humano muchas verdades. Las verdades que existen en las cosas reales son también varias, como son múltiples y varias sus esencias. Empero la verdad que se dice de las cosas por comparación al entendimiento humano, es accidental a las cosas en cierta manera; porque

aún cuando no existiera ni pudiera existir el entendimiento humano, las cosas permanecerían en su esencia».

Como se ve, para Santo Tomás, la multiplicidad de la verdad es solo accidental y secundaria, y existe solamente por parte de los términos en que se realiza; lo cual no da una rigurosa multiplicidad de la verdad en cuanto a su carácter esencial, puesto que este es siempre el mismo en toda esa variedad y pluralidad de seres, que como tales, son verdaderos con verdad trascendental cuando menos; porque toda cosa, en cuanto a su razón de ser es conforme con el entendimiento divino, de quien procede como de causa, y por lo tanto es verdadera: «*Verum es id quod est*» ha dicho San Agustín.

Y esta unidad esencial de la verdad se descubre igualmente si la consideramos en el entendimiento humano. Es en éste la verdad su conformidad con la cosa conocida; y esta es la que llaman los filósofos *verdad formal*, que consiste, en que el juicio del entendimiento sobre la naturaleza y propiedades de una cosa corresponda a la realidad de esta. Pues bien: esta verdad siempre es de la misma manera. Que el juicio del entendimiento se refiera a Dios, a los puros espíritus, o a las cosas materiales; que se refiera a la naturaleza íntima de todos estos objetos, o a su modo de ser, su verdad formal siempre consiste en lo mismo: en que corresponda en la realidad al objeto sobre que juzga. Y como quiera que esa correspondencia y ecuación, sea medida por el ser mismo, de la cosa en cuya conformidad con el Entendimiento Divino hemos dicho consiste la verdad *trascendental*, tenemos que en último término siempre venimos a parar a un mismo origen y principio de verdad que es Dios. La verdad *formal* depende de la *trascendental*, y esta de Dios que es la verdad primera, la verdad por esencia, y con relación a la cual son y se dicen verdades todas las demás.

«Si se considera, pues, continúa Santo Tomás, en el lugar citado, la verdad propiamente dicha y según la cual todas las cosas son verdaderas primitivamente, en este caso todas las cosas son verdaderas con una verdad del Entendimiento Divino.

La verdad según la cual nuestra alma juzga de todas las cosas es la Verdad Primera.

.....

así también de la verdad del Entendimiento Divino, desciende y se deriva en nuestro entendimiento la verdad de los primeros principios, según la cual juzgamos de todas las cosas.

.....

Por esta razón procediendo de Dios todo bien e igualmente toda esencia o forma real, es necesario decir absolutamente que toda verdad procede de Dios».

Ya hemos dicho y lo repetimos para evitar equivocaciones, que esta unidad de la verdad en cuanto a su carácter esencial y por parte del principio y fuente de donde nace, no obsta a la multiplicidad de la misma considerada bajo otros puntos de vista, con relación a sus términos; y tratándose de la verdad *formal*, con relación también a los sujetos en quienes se halla; porque establecer la unidad de la verdad en este sentido, sería establecer, implícitamente al menos, el panteísmo.

Véase lo que a este propósito dice el célebre autor de los Estudios sobre la filosofía de Santo Tomás, Fr. Ceferino González: «No sucede empero, lo mismo (lib. 1º cap. 22) si se halla de la verdad bajo razón de causalidad y como norma externa, reguladora y fundamental de los seres. Lo primero en cualquier género es causa de lo demás en aquel género: *Primum in unoquoque genere est causa coeterarum*. Este axioma de que hace frecuente uso Santo Tomás, es también aplicable a la unidad de la verdad en el sentido que se acaba de indicar. El Entendimiento Divino, causa eficiente y ejemplar por razón de sus ideas de todos los seres finitos, es también la medida de su verdad *trascendental*, como lo es de su esencia: luego bajo este concepto, todas las esencias criadas son verdaderas con verdad *trascendental*, con una verdad única, indivisible, eterna, inmutable, cual es la verdad de la Inteligencia Divina».

«Por otra parte, si la verdad en las cosas no se distingue realmente de su entidad, siendo esta una participación del ser que conviene a Dios en toda su plenitud y perfección, la verdad de las criaturas podrá decirse también una con unidad de participación en cuanto todas participan y reciben su realidad de la Verdad Primera, que es una con unidad perfecta y absoluta».

.....

«Luego la norma primitiva, la causa real, tanto de las verdades *trascendentales*, como de las verdades de *conocimiento*, es Dios verdad única por esencia. Luego no existe más que una verdad origen, medida y causa de todas las verdades, y en el sentido expuesto todas las cosas verdaderas se dicen tales con relación a una sola verdad».

Y «esta unidad de origen de la verdad, dice el ilustre Balmes, (Fil. Fund. Libre. 1º cap. 4) la han reconocido en cierto modo todas las escuelas filosóficas. Los ateos hablan de la fuerza de la naturaleza; los panteístas de la sustancia única, de lo absoluto, de lo incondicional: unos y otros, han

abandonado la idea de Dios, y trabajan por reemplazarla con algo que sirva de origen a la existencia del universo y al desarrollo de sus fenómenos».

Hemos transcrito estos pasajes no solo por la autoridad que encierran, por ser de hombres tan eminentes en la materia que nos ocupa, y cuyo superior talento e instrucción son reconocidos por todos, sino porque además, se da en ellos la razón y prueba de lo que afirman.

Efectivamente: no hay más que dirigir una mirada reflexiva sobre el conjunto de seres que nos rodean, para convencerse de su mutua relación y dependencia entre sí y con respecto a un primer principio, y un último fin, los mismos para todos. Esta mutua dependencia constituye cierta especie de unidad en medio de la multiplicidad de los objetos mencionados, la unidad de orden. La verdad, pues, en cuanto se refiere a las cosas en sí mismas existe en ellas de la misma manera; puesto que no es otra cosa la verdad en este sentido que la realidad de las mismas. *Verum est id quod est*. Es decir: que dependiendo los seres de un primer principio, y ordenándose a un mismo último fin, son idénticos por parte del origen y término de su ser: luego su verdad *trascendental* es también idéntica bajo este concepto.

Pero hay más todavía: en el orden intelectual y de conocimiento sucede lo mismo. Todos los conocimientos del hombre por muchos y diversos que sean, tienen entre sí íntimas relaciones, y de aquí esa conducta general de todos los filósofos, que buscan un primer principio de los conocimientos humanos. Puede haber, y hay efectivamente, divergencia entre ellos sobre cual sea este principio: quienes les señalan en la relación de las ideas universalísimas de *ser y no ser*: *quienes en la evidencia de la identidad del predicado con el sujeto*; quienes en el *testimonio de la conciencia*; pero todos convienen en que el principio existe, y que sin él falta la principal base de las ciencias.

«En el orden intelectual universal, continúa el citado Balmes, hay una verdad de la cual dimanar todas; es decir, que esa unidad de origen de todas las verdades, no solo se halla en las verdades realizadas o en los seres considerados en sí mismos, sino también en el encadenamiento de ideas que representan a estos seres».

Tal vez hayamos sido demasiados difusos en estos apuntes sobre la unidad de la verdad, pero los hemos creído necesarios para sentar bien la base de lo que vamos a decir sobre la *fe* y la *razón*: el catolicismo y la filosofía.

III

Porque si como acabamos de ver, la verdad en todas sus manifestaciones no es más que una; si su primer origen es el mismo para todas las órdenes en que ella existe; no pueden menos de ir acordes siempre la *Revelación* que contiene la verdad del *orden sobrenatural*, y la *razón*, que la contiene en él de la naturaleza. Son diversos, es cierto, el origen y fin inmediatos de la verdad para el hombre en estas dos órdenes; son diversos los objetos a que se refiere; pero no son, ni pueden ser contrarios. Podrán existir apariencias de oposición entre las verdades reveladas y las naturales, originadas de la debilidad de nuestro entendimiento para percibir sus armonías; podrán presentarse dificultades graves en el terreno de la filosofía contra alguna verdad revelada; pero nunca se probará evidentemente nada contrario a ellas; nunca pasarán del ser contrariedades solo aparentes, y dificultades solubles por la razón misma.

«El conocimiento de los principios conocidos naturalmente, dice el Angélico Maestro (lib. 1º contr. Gen^s. cap. 7) nos ha sido comunicada por Dios, siendo como es, el mismo Dios, autor de la naturaleza. Estos principios, pues, también los contiene la divina Sabiduría. Luego todo lo que es contrario a estos principios, lo es igualmente, a la divina Sabiduría; no puede, por consiguiente proceder de Dios. Aquellas cosas, pues, que se tienen por la fe, por medio de la divina revelación, no pueden ser contrarias al conocimiento natural».

«Cualquiera clase de argumentos que se pongan contra las enseñanzas de la fe, debe tenerse por cierto que no proceden rectamente de los principios primeros, habidos naturalmente, *per se noti*; por lo que ni tienen fuerza de demostración; sino que, o son razones probables, o sofisticas; de modo que siempre queda camino expedito para disolverlos».

Fácilmente podríamos aducir otros muchos pasajes del Santo Doctor sobre el mismo asunto; creemos suficientes los expuestos para que cualquiera de entendimiento recto y libre de preocupaciones, se convenza de la futilidad del argumento que contra las doctrina revelada hacen los racionalistas, basado en la contrariedad de la razón y de la fe. No por cierto (y es preciso proclamar esto muy alto), no existe oposición alguna entre la razón y la fe. Como acabamos de ver con las razones, que del Ángel de las escuelas quedan apuntadas, las objeciones todas que contra los misterios de la fe puedan oponerse son solo aparentes, fundadas principalmente en ratiocinios sofisticos; de modo que lo principal a que hay que atender, al tratar de disolverlas, es conocer la falacia que envuelven y señalarla: hecho esto, esta hecho todo. Podrán apoyarse, al parecer, en principios

verdaderos; pero estos no han sido bien aplicados: el hilo del discurso ha sido roto.

Y, a la verdad, no puede ser de otra manera, discurriendo recta e imparcialmente sobre las bases que dejamos sentadas.

Es ley constante e invariable en todas las cosas, que lo inferior está subordinado naturalmente a lo superior que, lejos destruir esto o aquello, lo sostiene y perfecciona, siempre que en ambos órdenes se observen las leyes naturales, a que están sujetos; siempre que se contengan dentro de sus naturales límites y mutuas relaciones.

Y hasta tal punto es esto cierto, que, en el curso ordinario de las cosas, las de orden inferior no reciben perfección alguna sino mediante su orden inmediato superior. Dios puede ¿quién lo duda? producir por sí mismo exclusivamente un mineral, una planta, un animal ¡no ha de poder! ¡cómo que hizo en el principio de nada todo cuanto existe, en sus primeros tipos y ejemplares!, más después en el curso ordinario de la providencia, ninguna cosa de cuantas comienzan a ser, o recibir de nuevo alguna perfección, puede prescindir del concurso de causa superiores intermedias. No se produce un mineral, v. gr. ni una planta, ni un animal, sin el concurso, en un sentido u otro, de los astros.

En todas las cosas existe por consiguiente una subordinación y dependencia rigurosas de inferiores a superiores; hay entre ellas relaciones necesarias en su esencia y accidente. Lejos, pues, de excluir el orden inferior al superior, lejos de prescindir de él, le exige y supone necesariamente.

La razón, por lo tanto, que es la manifestación de la verdad en un orden natural, no prescinde de la revelación, que es la manifestación de esa misma verdad en un orden superior; antes bien puede recibir de ella, y recibe de hecho, influencias muy benéficas. La separación completa entre la razón y la revelación es la muerte de aquella; sobre todo la separación en sentido exclusivo y opuesto; por creer que la verdad propia de la una es contraria a la de la otra. Por eso vemos a los racionalistas, que se glorían de ser los únicos investigadores acertados de la verdad, incurrir lamentablemente en el error. ¿De dónde, sino del racionalismo, han salido el Ateísmo en religión, el Panteísmo, ateísmo disfrazado, monstruosa síntesis a la vez de todos los errores, en filosofía, y el socialismo en política? Porque bien considerados todos estos errores, no nacen de otro principio que de proclamar el criterio absoluto de razón en la invención y cultivo de la verdad.

¡Ah! ¡y que reflexiones tan amargas como oportunas ocurren aquí sobre la multiplicidad de males que lamentamos y el principio de donde dimanen!

La verdad es que cuando se tenía más cuenta con la fe, con la doctrina revelada, al desarrollar las verdades naturales; más positivo y seguro era el resultado para las ciencias, que marchaban entonces con paso firme, influyendo en el verdadero progreso y bienestar de los pueblos; mientras que hoy, involucrado todo, principios y métodos, nos hallamos enredados en mil lazos sofisticos, fluctuando en la duda: ¡Justo castigo de los que abandonando el camino recto, se obstinan en marchar por veredas extraviadas!

Es preciso que nos desengañemos: es un error y error muy funesto prescindir completamente de la Revelación en el cultivo de la Filosofía; y si queremos hallar las verdades que esta comprende, necesario es que no perdamos de vista el faro de la fe. El nos servirá de norte para que no naufraguemos. No quiere decir esto que las verdades de la fe sean el principio directo para la deducción de las verdades filosóficas; que eso sería confundir los dos órdenes distintos; sino solo de principio reflejo para conocer si andamos o no errados, supuesto que toda deducción contraria a ellas es falsa, según la doctrina que dejamos expuesta.

La armonía, pues, entre la revelación y la razón es una garantía segura de verdad para la última. Y es este un principio fecundísimo, del que se deducen consecuencias muy importantes.

IV

Todo cuanto hay de grande en las invenciones de la razón, procede, si bien se mira, de esta armonía. Dígase lo que se quiera, es indudable que se dilata el círculo de las verdades naturales al contacto de la razón con la revelación; su dirección en la investigación de la verdad se rectifica y vigoriza. Es innegable que los conocimientos humanos únicamente son importantes y útiles si son verdaderos; porque ¿qué utilidad e importancia puede haber en un conjunto de pensamientos por bellos que sean si son falsos? Revelarán ingenio, imaginación hasta talento; pero utilidad práctica ninguna.

Ahora bien; no siendo la verdad más que una, como dejamos probado, y siendo cierto, por otra parte, que la revelación es manifestación de la verdad en un orden superior, manifestación infalible y más segura para nosotros; como procedente de Dios inmediatamente, quien como verdad por esencia no puede engañarse ni engañarnos, tanto más garantizada estará esa misma verdad en el orden natural, cuanto más

armónica sea con la revelación. De aquí esa grande influencia que ha ejercido siempre el catolicismo, que profesa la verdad *revelada*, en los destinos de la humanidad, en su verdadera ilustración y progresos.

Y en verdad que son muy injustos con el catolicismo esos hombres que se empeñan en presentarle como enemigo de la razón, de la ilustración y progreso de la humanidad. ¡Pobres hombres! no consideran que debe la Europa al catolicismo su mayor cultura sobre las demás partes del mundo. La cruz de Jesucristo a la vez que símbolo de la salvación eterna para el individuo, es fuente de verdadera ilustración y progreso para la sociedad.

¿Quién sino el catolicismo desterró de las naciones aún más civilizadas aquellos hábitos de barbarie que en ella había, y de los que no supieron despojarse las cultas Grecia y Roma con toda su ilustración y cultura? La abolición de la esclavitud, la emancipación de la mujer, la desaparición de espectáculos, que como los de los gladiadores, v. gr. eran el oprobio de la humanidad, ¿a quien sino al catolicismo se deben? ¿Y todavía hay hombres obstinados en presentarle como verdugo, o poco menos, de la humanidad? Esto sería digno de risa por lo absurdo, sino fuera soberanamente impío.

V

Y, a la verdad el catolicismo no ha podido menos de influir favorablemente de la manera que lo ha verificado, en los destinos de la humanidad; puesto que entraña un criterio segurísimo para la solución de todos los problemas que interesan al hombre, bajo cualquier aspecto que se le mire.

«Lo que hace que el catolicismo sea eminentemente progresivo para todas las inteligencias, dice el P. Félix en una de sus conferencias (Pens: y max; de lo inmort. genios etc. por D. Victoriano Pérez tit. 1º cap. 9) es el ser en primer lugar certidumbre y afirmación, refiriéndose tanto esta como la otra cualidad no solo al dogma revelado y a las verdades sobrenaturales, sino también a las verdades esenciales del orden natural.

El catolicismo con su doctrina custodia todos los principios, de donde de siglo en siglo proceden obedientes al plan que Dios ha trazado, así como todos los adelantos del pensamiento del hombre; el catolicismo sabe y enseña que el progreso solo puede consistir en el desarrollo de principios, que estén ya conocidos y plenamente afirmados; y he aquí porque no solo afirma todos los principios relativos a la vida intelectual, moral y religiosa de las naciones, sino que hace más: los dogmatiza y defiende contra cualquier negación que atente a derribarlos. El catolicismo, por último, encomienda la guarda sagrada de aquellos principios a la

conciencia humana, y en nombre del mismo Dios le encarga que los custodie con fe perpetua e inolvidable.

.....

La fe guía al ingenio y el ingenio corona la fe,

.....

Para el católico verdadero, que tiene fe y plenas creencias, lo justo es para él siempre lo justo, el derecho siempre es el mismo, el bien es el bien; el mal es el mal, y su catolicismo siempre permanece intacto, nunca hay variación. He aquí porque hay siempre en él constancia y constancia invencible, y nunca da acogida a las variaciones de novedades de esos matices que encubren todos los colores, ni a esas convicciones a medias y enervantes, en donde se pierde la verdad y la luz y no prevalece más que el espíritu de Satanás con sus tinieblas. Al catolicismo corresponde hoy, como le ha correspondido desde cerca de dos mil años a esta parte, ser guía de la humanidad, en razón a que solo él posee el tesoro que nosotros buscamos, el de la verdad completa. El católico posee el catolicismo, es decir, la universalidad de lo verdadero.

«La religión católica no deja sin solución, ninguna de las cuestiones que interesan a la humanidad».

Pudiéramos añadir a estas palabras, tan claras y concluyentes del ilustre orador sagrado, que tantas veces ha dejado oír su sabia y elocuente voz en Ntra. Sra. de París, otras no menos clara y decisiva, ampliando esta misma idea, pero nos abstenemos por el temor de ser demasiado difusos.

Y no se contenta el ilustre Jesuita con las razones indicadas en las anteriores cláusulas, sino que a ellas añade otras más profundas y eficaces.

«Lo que nos impide ver, continúa, con mirada pura y penetrante en el fondo de las cosas, es el *yo* que contiene, que oscurece, y que en lugar del fondo límpido, solo nos deja ver superficies tenebrosas que tomamos por profundidades. En este sentido el egoísmo es el gran enemigo de la ciencia, así como de la virtud, y el *yo* es para las inteligencias, lo mismo que para los corazones, el gusano roedor de la vida.

El catolicismo mata el *egoísmo* al para que crea, si me es permitido expresarme así, la abnegación intelectual; esa pasión rara y sublime, que arrastra a salir de sí y de sus propias tinieblas, para ir a ocultarse completamente en la claridad de las cosas y en las irradiaciones de lo verdadero. Impulsado el pensamiento por ese enérgico resorte, que es la

expansión del alma, y que se llama la abnegación, sale de sí mismo por un arranque espontáneo, y como el águila emprende su vuelo hacia las regiones de la luz, y consigue ver resplandecer ante sí las regiones de la verdad; en vez de buscarse a sí propio huye de sí para ir a iluminarse con la luz de aquel sol. Tal es el pensador católico. ¡Oh humildad! ¡Oh sencillez! ¡Oh abnegación! Si el talento quisiera comprenderos, aprendería de un modo que ya no se olvidase, porque es fecunda la doctrina católica».

¡Cierto! Exclamamos nosotros; ¡exactas apreciaciones! ¡reflexiones oportunas! Por eso hay tantos sabios entre los santos, porque fueron humildes. Por eso lució tanto su extraordinario talento San Agustín, porque fue humilde, hasta escribir un libro, retractándose en él de lo que le pareció no bien pensado en épocas anteriores.

Por eso fue tan eminente Santo Tomás de Aquino en toda clase de ciencias, y es reconocido y acatado por todos como Ángel de las escuelas, porque «nunca sintió el estímulo de la pestilencia soberbia» como nos lo asegura la Iglesia en su oficio.

¡Coincidencia admirable y digna de notarse: la humildad que en razón de fundamento de todas las demás virtudes, forma los santos, forma también los sabios. Hasta en esto se revela el carácter benéfico del catolicismo para la humanidad, al recomendarse tanto en su doctrina esta virtud!.

VI

Otra de las razones de influencia del catolicismo en la ilustración y progreso verdaderos de la humanidad, es la fijeza, uniformidad y constancia de su doctrina. Hemos indicado ya esta razón, pero creemos deber transcribir algunas palabras más del citado P. Félix sobre este punto.

«La condición decisiva para todo en la doctrina directora de la humanidad, es la potencia de duración, la permanencia, en razón a que la doctrina que debe guiar aquella en su camino, no la ha de guiar por un día, ni por un siglo, sino por todos los días y todos los siglos de su vida. No: la humanidad no está llamada a volver a comenzar cada día su camino y devorar continuamente las doctrinas, las obras y los progresos, que hizo en la víspera; porque con ese sistema solo alcanzarían ocuparse en demoliciones, como hace la falsa filosofía y su hija la revolución.

.....

Tenemos una doctrina realmente probada ya en punto a su duración, y que hoy se manifiesta capaz de vivir y guiarnos en el porvenir. Sí, existe

esta doctrina y ni siquiera hay necesidad de buscarla. Vedla aquí centelleando todavía con su antiguo e inalterable esplendor, en medio de la publicidad de nuestro mundo planetario. De seis mil años acá todo se ilumina con la luz de ese sol, se calienta con su calor, se fecundiza con su vida, y se mueve bajo su atracción. De igual manera tampoco hay más que un sol en el mundo de las inteligencias, y como en él hubo ayer bastante, como hoy hay bastante, mañana lo habrá también; porque este sol de la doctrina que nos alumbra, calienta y atrae, es el mismo Jesucristo, y Jesucristo era ayer, es hoy, y será mañana y por los siglos de los siglos».

Poco o nada resta que añadir a las luminosas palabras que preceden sobre la influencia del catolicismo en los destinos de la humanidad y consiguientemente en la filosofía: parecen escritas a propósito para probar nuestra tesis.

La oposición del catolicismo al *egoísmo*, raíz funesta de todo error, como de todo mal; la certeza y uniformidad de su doctrina; he aquí las dos principales razones con que prueba el sabio y elocuente jesuita la intervención de la doctrina católica en toda otra. Y, en verdad, no pudiera probarse de una manera más convincente.

Todo lo que sea entretener al hombre en sí mismo, es impulsarle hacia el error y hacia el mal. El hombre no es el primer autor de las cosas, y por lo tanto no pueden hallarse en él primitivamente las leyes que han presidido a su formación y rigen su actual existencia. Puede, no lo negamos, hallar en sí algo que le sirva de guía en la investigación de esas leyes, alguna analogía con ellas; puesto que el hombre está dotado de cierto instinto intelectual, de ciertos sentimientos naturales, que bien utilizados, le pueden servir, y le sirven de hecho para hallar la verdad. Más nunca la hallará toda ateniéndose a sí mismo únicamente. La filosofía del yo es de todo punto insuficiente para resolver los importantes problemas que interesan al hombre; no decimos bastante: es no solo insuficiente, sino hasta perjudicial. Semejante filosofía, sacudiendo el yugo de la autoridad y rechazando la tradición, viene a eliminar dos poderosos elementos y de reconocida influencia en el edificio científico. ¡Ya se ve; como el cimiento es tan pobre y mezquino, naturalmente había de serlo también el resto de la obra!

Pero desde el momento en que el hombre, usando bien de los elementos útiles que en sí mismo posee, se lanza a fuera para buscar, ora en la autoridad y la tradición, ora en el estudio inductivo y deductivo de los seres, ora en fin entre ambas cosas, la verdad que estos encierran; cuando además de por los criterios que sus facultades de conocimiento le ofrecen, se rige por otros más amplios, constantes y uniformes que fuera de sí

existen; cuando el hombre, decimos, así se conduce en la investigación de la verdad, bien puede estar cierto de haber emprendido un camino seguro para hallarla.

Por eso el método de Descartes y la filosofía de Kant y de Fichte han engendrado tan pocas verdades, si es que han engendrado alguna; por eso están hoy desacreditadas entre los hombres de sano juicio; porque todo han querido edificarlo sobre el *yo* y con el *yo*. Por eso Santo Tomás, Balme, Ráulica y otros han encendido esplendorosas antorchas en las ciencias; por eso son sus doctrinas tan acatadas y seguidas de los sabios, y han merecido la aprobación de estos; porque, sin desechar lo útil que el *yo* ofrece a aquellas, han utilizado también los demás elementos que influyen en su desarrollo y progreso. ¡Cosa rara! Estos grandes filósofos que acabamos de mencionar, lejos de creer la revelación contraria a la *razón*, lejos de prescindir de ella, han hecho gala, sí así puede decirse, de mezclar en todas sus elucubraciones la doctrina que por su conducto nos ha venido. Su mayor empeño, por no decir el único, ha sido desarrollar los fecundos gérmenes científicos que encierra, y manifestar a todos las sublimes armonías entre la *fe* y la *razón*. No ha sido ciertamente para ellos, la primera un obstáculo a la última, sino que ha sido más bien su auxiliar más poderoso. Y la doctrina de estos hombres es fecunda en resultados para la sociedad y para el individuo; y se extiende a tratar de todo; y se mueve y se desarrolla con toda holgura; y es admirada hasta de sus mismos contrarios.

Y no es, por cierto, que estos hombres eminentes hayan sido serviles y tímidos, sí así podemos expresarnos, en el cultivo de las ciencias; no es que hayan sido rutinarios en buscar la verdad y dilucidar las cuestiones que tratan, nada de eso: basta leer sus obras para convencerse de que se han conducido con toda independencia, y que han tenido entera libertad para decidir según les ha parecido más verosímil en puntos opinables. En ellos se notan hermanados admirablemente, con un laudable respeto a la doctrina revelada, una marcada tendencia a discurrir por los principios naturales; con una humildad y modestia recomendables, un tono magistral y decisivo.

Y a propósito: esta es una de las cualidades de que suelen carecer los racionalistas. Mientras que los filósofos católicos son constantes y uniformes, sobre todo en los puntos esenciales de sus doctrinas, vense aquellos vacilar continuamente, mudando a cada paso de opiniones; tal vez estableciendo hoy doctrinas contradictorias a las que ayer sostuvieron. No hay constancia en sus afirmaciones y estas son tan fluctuantes como el error de que se alimentan. Y no podía ser otra cosa: tales filósofos, han perdido la brújula, y no pueden menos de andar errantes; se han separado de la regla de la verdad, viéndose por ello obligados a moverse en diversas y contrarias direcciones; su movimiento científico no puede ser uniforme;

porque como dice el Ángel de las escuelas: «conformarse con la regla no es más que de una manera: pero el separarse de ella es de muchas». Una doctrina que a cada paso varía, lleva ya en sí misma el sello de la falsedad, y con solo escribir la historia científica de tales filósofos, quedan refutados. La verdad, cual roca firme en medio del océano, permanece inmóvil a pasar del choque violento de las encrespadas olas del error: más este, cual leve y frágil montón de arena, cede al menor choque que experimenta. La verdad, cual diamante precioso, se hermosea y aparece más brillante al contacto de la luz; por eso no la teme. Pero el error, cual lodo vil y sucio, se presenta más repugnante al bañarle esa misma luz.

Y he aquí porque el catolicismo en la firmeza y perpetuidad de sus doctrinas, en la uniformidad de su criterio, es altamente benéfico a las ciencias y ha dado siempre y continúa dando los más favorables y positivos resultados para toda clase de necesidades, así del individuo, como de la sociedad.

Porque es indudable, Dios no ha podido abandonar al hombre a *todo viento de doctrina*. Como Sapientísimo provisor, ni abunda en lo superfluo, ni falta en lo necesario: ¿había pues de dejar Dios al hombre desprovisto de lo que le hace más falta, cual es el conocimiento de las verdades esencialmente relacionadas con su ser físico y moral, así bajo su aspecto individual como colectivo? No, de ninguna manera. Así, pues, por más que ciertos hombres extraviados se empeñan en negar teóricamente estas verdades, vense precisados a confesarlas en la práctica. Y es que nadie se despoja de la naturaleza.

Es pues incontestable que ha de haber una enseñanza constante y uniforme para que la humanidad marche y progrese, para que satisfaga sus necesidades y llene sus destinos.

Y esta enseñanza, como ya hemos dicho, solo se halla en el catolicismo; siendo esta otra de las razones porque toda doctrina debe estar conforme con la suya.

Es preciso convencerse: Dios, autor de la fe y de la razón, no ha podido separar completamente la una de la otra, puesto que, si bien en diversas órdenes, si bien más o menos directa e inmediatamente, ambas conducen a un mismo fin: al conocimiento de toda verdad y al amor y posesión de todo bien; y sabido es que las cosas que se ordenan a un mismo fin no pueden ser del todo independientes ni dejar de tener entre sí íntimas relaciones. O habríamos de dividir el ser moral del hombre, cosa imposible; o debemos convenir en que existe cierta unidad en todo cuanto le constituye y concierne. Y, a fe, que manifiesta haber profundizado muy

poco sobre el ser intelectual y moral del hombre, así colectiva como individualmente considerado, los que niegan o ponen en duda esta verdad. Es cierto triste y lamentable lo que se observa en los partidarios del progreso e ilustración a la moderna; es a saber: la confusión de sus ideas, lo poco que sobre ellas meditan; la superficialidad, en una palabra, con que escriben y hablan de todo, por punto de vista general. Existen, no lo negamos, hombres reflexivos y bastante sinceros para buscar la verdad, no contentándose con mirar superficialmente las cosas; pero estos, que son los menos, suelen incurrir en otro extremo tal vez más lamentable, cual es la obstinación. Se empeñan en que las cosas son tales cuales las ven ellos; y como suelen tener la desgracia de verlas al revés y fiarse demasiado de su propio talento, o no atinan con la verdad, o si alguna vez lo logran, es muy rara, y aún entonces solo a medias.

De aquí proviene ese odio preconcebido de unos y otros al catolicismo. Han visto u oído cuatro dicterios dirigidos contra él por sus enemigos; les han exagerado algún hecho y desfigurados otros, les han presentado razones aparentes, que no son más que argumentos disueltos ya mil veces, y algunos no de una sola manera, y esto ha bastado para crear en ellos una obstinada preocupación contra el catolicismo. Si semejantes hombres tuviesen suficiente valor para despojarse de tan funestas prevenciones, y procediendo de buena fe y con recta intención, estudiasen detenidamente la doctrina católica en sí misma y en sus resultados, otro sería el juicio que de ella formasen.

Entonces se convencerían de que la *revelación*, lejos de estar reñida con la *razón*, es, por el contrario, su auxiliar más poderoso. Entonces verían en la doctrina que aquella contiene, gérmenes fecundísimos de ilustración para la última. Entonces, leyendo la historia, verían claramente que no hay institución benéfica para la humanidad, que no la haya engendrado, o cuando menos rectificado y ampliado el catolicismo.

Dicho hemos ya que a él se deben la abolición de la esclavitud, la emancipación de la mujer y su influjo, saludable en la verdadera civilización y cultura de los pueblos; restándonos ahora añadir algunas palabras más, para señalar, siquiera rápidamente, la relación de estos benéficos resultados con la doctrina católica: ¡ancho campo, por cierto, en donde explayarse, probando la influencia del catolicismo en la sociedad, si los límites de este criterio lo permitieran!.

VII

«Sin levantar antes al hombre de ese abyecto estado, dice Balmes, sobre la abolición de la esclavitud (Pens. y max de los ing. por Vict. Pérez

t. 2º c. 5) sin alzarle sobre el nivel de los brutos no era posible crear una civilización llena de grandor y dignidad, como la que organizó la Iglesia. Fuera de esta base, o sea de la doctrina católica, no se verá más que un hombre a los pies de otro hombre, esperando con ojo inquieto las órdenes de su amo, o temblando de miedo al solo movimiento de un látigo; donde quiera que el hombre es vendido como un bruto; estimadas todas sus facultades, y hasta su vida por alguna moneda, allí la civilización no se desenvolverá jamás, cual conviene, siempre será flaca, enfermiza, falseada, porque donde esto se verifica, la humanidad lleva sobre su frente una marca de ignominia».

Lo primero a que debe atenderse en una doctrina, al examinarla en su influencia sobre el bienestar de la sociedad, es a lo que enseña respecto del individuo. Porque la sociedad, no solo depende de él en su ser material, por decirlo así, sino también en su ser intelectual y moral. Y lo primero también que debe hacerse para que el individuo comprenda y cumpla con sus deberes sociales, es reconocerle sus derechos y deberes propios; hacerle formar ideas justas de su dignidad, porque toda doctrina que empiece por rebajar y deprimir al hombre, es esencialmente opuesta al bien de la sociedad. El hombre humillado injustamente trata por instinto de recuperar su abatida dignidad, y cuando no tiene otro medio de conseguirlo, porque se le ha avasallado por una mayor fuerza, sin razón justa para ello, intentarlo suele a todo trance, sin reparar en los medios. Y he aquí ya un germen de división en la sociedad, un principio radical de discordia y de disolución por consiguiente. Si para recobrar sus derechos conculcados y su libertad perdida, es necesario privar de la vida a sus semejantes o causarles cualquiera otro daño, y revelarse contra la autoridad y minarla, peligro corre de que lo haga sin reparo. ¿Y puede una sociedad en que haya ocasión permanente de que esto suceda, ser perfecta y estable? De ninguna manera. «Las ideas que el hombre se forme de su bienestar y dignidad, prosigue el eminente publicista citado, y los medios de que disponga para alcanzar aquel y conservar esta, he aquí lo que graduará la fuerza, determinará la naturaleza, fijará el carácter, señalará la tendencia de todos estos sentimientos: es decir, que todo dependerá del estado físico y moral en que se hallen la sociedad y el individuo.

.....

«Donde quiera que domine casi el individualismo, donde quiera que el hombre no se considere más que a sí propio, que sus ideas no se extiendan más allá de sí mismo, y no obedezca más que a su pasión, la sociedad llega a ser poco menos que imposible. ¿Dudáis? Helo aquí hoy en todos los pueblos del mundo, del mundo de los vice-versas, del mundo del revés, o sea en este presidio suelto con su *salus populi teorico*».

El catolicismo enseñando deberes rigurosos al hombre, deberes que debe cumplir, a pesar de las mayores dificultades, es el único que puede poner remedio a los males que se acaban de indicar, procedentes de la humillación injusta del individuo. Él le inculca con voz severa que aunque todos los demás falten a sus obligaciones, no está ya libre de cumplir con las propias, sobre todo cuando son esenciales e intrínsecamente obligatorias; que debe posponer su bien particular al común de la sociedad, sacrificándose por ella si es necesario; que debe perdonar a sus enemigos, «haciendo bien aún a los mismos que le aborrecen». El catolicismo, en una palabra, enseña la abnegación, la paciencia y la humildad, virtudes todas, cuya práctica implica los mayores y mejores resultados para la sociedad.

Y enseñando además, como enseña, el respeto y consideración mutua entre los individuos; que se guarden la más estricta fidelidad en todos sus pactos; que se respete la propiedad de cada uno; inculcando el gran precepto de la caridad que exige a cada hombre respecto de los demás el mismo amor que a sí mismo se tiene; que: «ninguno tiene mayor amor que el que da la vida, por el amigo», y todo esto sujeto a reglas las más racionales, señalando y distinguiendo con toda claridad lo que es de riguroso precepto, y lo que es solo de supererogación, o consejo, completa admirablemente la educación del individuo para la sociedad.

Por parte de los que la dirigen y gobiernan también tiene el catolicismo su enseñanza cierta, fija, uniforme. Él enseña que los gobernantes no tienen la autoridad que Dios les ha dado para destrucción, sino para «edificación»; él les pone ante sus ojos una responsabilidad, terrible al decirles que: «Dios no es aceptador de personas»; «que los poderosos padecerán poderosísimamente tormentos»; «que se hará un juicio durísimo a los que presiden».

¡Ah! no es con la doctrina católica, ciertamente, con la que se forman los déspotas, esos hombres llenos de orgullo, que no ambicionan el poder más que para conseguir sus fines particulares: para satisfacer su soberbia, mandando y disponiendo según su razón extraviada y voluntad pervertida, y su codicia, aprovechándose del tesoro público, no para promover los verdaderos intereses de la sociedad, sino para crearse partido, a fin de sostenerse en el poder; cediendo de esta suerte en provecho de unos cuantos lo que debiera ceder en provecho de todos. El catolicismo enseña a los superiores que todo lo que son, en cuanto tales, es de la sociedad, para cuyo provecho y utilidad ha puesto Dios en sus manos el poder; que lejos de ser sus verdugos y disipadores, deben ser, por el contrario, sus más solícitos padres y promovedores de su bien; que deben tener delante siempre la justicia para aplicarla igualmente a todos, muy distantes de la aceptación de personas; que deben proteger al débil contra el fuerte que

trata de avasallarle; al pobre contra el rico que intenta aprovecharse injustamente del sudor de su rostro. Si, ésta y no otra es la doctrina que a súbditos y a superiores, respectivamente, predica el catolicismo; y a unos y a otros les inculca severamente, y bajo la más grave responsabilidad, que atiendan con preferencia al suyo propio, al bien común de la sociedad, y que le procuren cada uno según el lugar que en ella ocupa.

A los inferiores manda el respeto y obediencia para con los superiores, aunque sean «díscolos», sin mirar más que a la autoridad de que se hallan investidos, y a quien representan; no moviéndose a respetarlos y obedecerlos por sus buenas o malas cualidades personales precisamente. A los superiores les inculca el amor a todos sus inferiores, severidad y rigor prudentes para reprimir y castigar a los culpados; compasión y misericordia para con los débiles y desgraciados. Dígasenos ahora, si esta doctrina es, o no, promotora del bienestar de la sociedad, y si el catolicismo que la predica, influye, o no, en él de la manera más eficaz. Preciso sería tener vendados los ojos para no ver su intervención benéfica en los destinos de la sociedad, a vista de semejante doctrina.

VIII

El bien de la sociedad depende de una manera principal de la unión y cooperación a un mismo fin de todos los elementos útiles que la constituyen, de que se ordenen y conspiren a un solo fin común las fuerzas que de ella existen, y solo el catolicismo hace marchar de consuno estos elementos y estas fuerzas en el más perfecto grado. Ya queda probado en parte; no obstante vamos a ampliar más lo dicho, si bien no con toda la extensión a que el asunto se presta, pues se va extendiendo este escrito tal vez más de los que sería conveniente.

Entre esos elementos y fuerzas, cuéntase el entendimiento que forma en primera línea; puesto que por él se asemeja el hombre al mismo Dios, «es poco menos que los ángeles», y mucho mayor que los seres puramente materiales; por él se caracteriza principalmente el hombre como social. Pues este elemento de tanta influencia en la sociedad, recibe en el catolicismo una insoluble unidad al sujetársele al imperio de una inteligencia infinita, que es la verdad por esencia.

«La primera explicación del privilegio católico de la unidad, dice el P. Lacordaire, en una de sus conferencias, la que se presenta primeramente como muy plausible y muy sencilla, es esta: la doctrina católica es la única que ha fundado la unidad pública de los entendimientos, porque ella solo posee la verdad. Siendo la verdad el bien de la inteligencia, es natural que sea grande su imperio, y que su aparición en medio de las luchas de

pensamiento haga el efecto de un soberano que se nos presenta, nos detiene, nos domeña, nos calma y nos funde a todos en un solo entendimiento».

Pueden ser, y son en efecto, varios los caminos de nuestra inteligencia para dirigirse a sus fines, pero el primer principio impulsivo, el primer término de donde parte no es más que uno: ni es más que uno tampoco el último de esos fines. El catolicismo es el que señala ese primer impulso, ese primer término y ese último fin, al enseñarnos que el entendimiento es un destello de la divinidad: *signatum est super nos lumen vultus tui*; y que nuestra bienaventuranza consiste en contemplar a Dios, verdad primera y por esencia, cara a cara: *facie ad faciem* ¡Doctrina admirable que derrama copiosísima luz sobre la naturaleza íntima del hombre y su destino supremo. ¡Ah! que horizonte tan extenso se descubre en ella al entendimiento en las regiones de la verdad! De esta suerte, señalando la base y la cúspide de la inteligencia, establece la *revelación*, la comunidad de los entendimientos, la sociedad intelectual, y presta al propio tiempo un importantísimo servicio a los destinos de la humanidad sobre la tierra.

No basta a la perfección de la sociedad la influencia del entendimiento en sus intereses de una manera genérica e indeterminada; es preciso que esta influencia se verifique también en pormenores y detalles: y de la que ejerce en algunos de los más principales de estos, vamos a decir siquiera algunas palabras, para completar la idea que preside a este escrito.

IX

La sociedad descansa en la justicia, y la justicia descansa en el derecho. Diremos, pues, algo sobre la influencia del catolicismo en esta base de la sociedad. *Quod suum est cuique*: «lo que a cada uno corresponde»: he aquí el derecho.

El hombre como miembro de la sociedad es todo de ella, es cierto; pero es a condición de que en él existan primitivamente derechos propios. La sociedad no es un ser abstracto, meramente ideal; es un ser concreto, existente, positivo, que se constituye por las relaciones de los individuos que la componen. No desaparece, pues, el individuo en la sociedad; sino que conserva en ella todo su ser. Y si cada uno en particular debe, a fuer de miembro de la misma, reconocer en los demás los derechos que les son propios, él a su vez posee también los suyos, y puede por lo tanto exigir que se le reconozcan y respeten. Y he aquí como de la idea del derecho nace la del deber: lo que cada uno tiene propio, constituye el derecho: lo que debe reconocer y respetar en los demás en el mismo sentido, constituye

el deber; y de ambos, como bases fundamentales, se constituye la sociedad, imposible sin ellos.

Por el derecho puede considerarse como inmutable y universal, en cuanto es uno mismo para todos bajo cualquier aspecto y en cualquier tiempo que se le considere; y como particular de cada uno, variable según las jerarquías que hay y debe haber necesariamente en la sociedad, y las diversas exigencias de los tiempos.

El derecho en el primer sentido acompaña al hombre como social en general, y es inspirado por la misma naturaleza; no así en el último sentido, según el cual, le compete como miembro de una república determinada y según las condiciones del estado en que esta se halla, cuyo derecho es constituido por las leyes positivas de la misma, aunque con arreglo siempre al derecho natural, que pudiéramos, usando de una frase del P. Lacordaire, llamar *derecho príncipe*.

Dadas estas nociones, obvias y claras para todos, del derecho; veamos como el catolicismo ha influido en la sociedad por su medio.

No hay más que leer las legislaciones de Solon, Licurgo, Numa y otros, para convencerse de lo desacertados que anduvieron estos legisladores respecto al derecho fundamental. Para ellos los hombres no eran todos iguales por naturaleza, sino que, distinguiendo de razas en moral y política, como pudieran hacerlo en fisiología, establecieron originaria y radical diferencia entre la raza de los esclavos y la de los hombres libres: y que podían estos disponer de aquellos como de un efecto útil. De aquí la idea tan exagerada que se tenía en las sociedades regidas por aquellas leyes sobre el dominio absoluto de los señores y la sujeción también absoluta de los esclavos; y esto como una cosa fundada en la misma naturaleza.

Más viene la promulgación del Evangelio; y proclama altamente que él contiene una legislación igual para todos los hombres: que ante él todos son iguales por naturaleza; que no hay diferencia entre el *judío* y el *griego*, el bárbaro y *escita*: proclama la máxima fecundísima en felices resultados sociales de la caridad, y a su presencia tiembla el despotismo, y a su desarrollo y propagación se van disipando, poco a poco, pero eficazmente, las tenebrosas doctrinas que para su daño regían la humanidad, y rompiendo las cadenas que tenían aherrojada gran parte de ella. Dígasenos, en vista de esto ¿quién es el verdadero tirano de la humanidad; ¿el catolicismo? ¿la filosofía que va en armonía con él? ¿o la que apartándose de su benéfica influencia, se apoya única y exclusivamente en la pobre razón humana, sin tenerle en cuenta para nada?...

Tal vez no hayamos extendido demasiado en este pormenor, en este detalle de la influencia católica en la sociedad. Prometemos ser más breves en los que nos restan, a saber: la propiedad y la familia.

La propiedad: he aquí otra de las bases fundamentales de la sociedad en que ha influido la doctrina revelada. Ya queda dicho bastante, implícitamente al menos, sobre ella en lo que dejamos apuntado sobre el derecho; no obstante, añadiremos dos palabras más.

Que la sociedad es imposible sin el derecho de propiedad, cosa es que no necesita de prueba. ¿Qué sería de una sociedad en la cual todos se creyesen dueños de todo, y cada uno dispusiese de lo de los demás? ¡Ah! tal sociedad dejaría de serlo, y se convertiría en un caos; mejor dicho en un campo de Agramante de el que se destruirían unos a otros los individuos.

Pues esta gran base de la sociedad, esta su salvaguardia y estrechísimo vínculo, proclamados se hallan de la manera más terminante, en la doctrina católica. Ella estableced la propiedad del trabajo, enseñando que el hombre nace para él; que por su medio debe realizar los destinos a que está llamado como privado y como miembro de la sociedad, y que cada uno es dueño de lo que adquiere con el sudor de su rostro, o con los desvelos de su industria y de sus estudio, o de cualquiera otra legítima manera. El manda a ricos que den a los pobres de lo superfluo; «*quod superet date eleemosynam*», estableciendo así íntimas y necesarias relaciones entre estas dos clases de la sociedad. En la doctrina católica se hace depender al pobre del rico, y al rico del pobre. Al primero cuando se le dice: que trabaje para buscar su sustento, y que cuando esto no le baste, lejos de tomarse por sí mismo lo de los ricos; acuda a implorar su caridad y misericordia; que lleve con resignación y paciencia las privaciones e indigencias de su condición, cuyas virtudes le serán largamente remuneradas en esta vida con los consuelos espirituales, y en la otra con un tesoro inefable que no está sujeto a que *lo hurten los ladrones, ni lo destruya la polilla*.

A los últimos, cuando les amonesta que sean justos en dar al pobre el precio de su trabajo; que no abusen de su debilidad y que den limosna a los necesitados de lo que les sobra, y en recompensa les promete las bendiciones del cielo en esta vida, y premio eterno de su caridad en la otra. Estas relaciones las compendia admirablemente el gran P. San Basilio en las siguientes palabras: «¿Por qué, pues, tu abundas y aquel mendiga, sino porque tú consigas los méritos de la buena dispensación, y aquel sea hermoñado con los láuros de la paciencia?» (Serm. ad divi. et av.).

X

Por medio de la familia, rudimento de la sociedad, sociedad en pequeño, ejerce el catolicismo una saludable y fecunda influencia en el bienestar común, estableciendo las relaciones de los miembros que la componen. Tres son estos miembros, el marido, la mujer, y los hijos. Primeramente, con respecto al marido y a la mujer, establece una mutua unión indisoluble: «*quod Deus conjunxit homo non separet*»; y de este modo fija de una manera permanente los principales elementos de la sociedad. Fácilmente se comprende lo que sería de esta, si el marido y la mujer tuviesen solo una unión transeúnte, y estuviese en su libertad separarse cuando les acomodase. Dadas las dificultades que se ofrecen ordinariamente en el cumplimiento de los deberes matrimoniales, después de pasada la época, corta, del entusiasmo, de las ilusiones y de la poesía que por otra parte tienen mucho de providenciales, las separaciones de los consortes serían frecuentes y numerosos. ¿Y qué sería entonces de la educación física, intelectual y moral de la prole? ¿Estaría tan asegurada como lo está, permaneciendo los padres unidos hasta la muerte? ¿No se hallarían en grande ocasión de seguir sus extraviadas inclinaciones, y conducirse a su libertad y arbitrio, no regidos ni gobernados por razón ni reflexión de ningún género, ni refrenados por alguna especie de temor? ¿Y qué sería en este caso de la sociedad que necesariamente depende de la buena educación de los niños en los sentidos ya dichos? ¿Sería sociedad o más bien un conjunto de perdidos? He aquí como el catolicismo enseñando la indisolubilidad del matrimonio, enseñando el deber rigurosísimo que tienen los padres ante Dios y ante la sociedad, de educar bien a sus hijos; el que a su vez tienen estos de respetar y obedecer a sus padres, de pedirles consejos como a lugar tenientes de Dios, interviene favorablemente en la sociedad por medio de la familia.

XI

Al llegar aquí ponemos término a nuestro escrito, poseídos de un sentimiento y de una convicción.

El sentimiento es de no haber podido, dados los naturales límites de la presente disertación, desarrollar con más amplitud y hacer más aplicaciones de algunos de los puntos importantísimos que en ella hemos tocado.

¡Qué de consecuencias no podrían deducirse de la teoría de la verdad! ¡Qué de aplicaciones no podrían hacerse de la enseñanza católica con relación a los destinos del hombre, ya individual, ya socialmente considerado.

La convicción es, de que no hemos tratado, en lo que hay de nuestra cosecha, materias tan importantes y trascendentales según ellas se merecen, ni mucho menos, ni en cuanto al fondo, ni en cuanto a la forma.

De la manera, sin embargo, que nos ha sido posible, hemos presentado la unidad de la verdad por la *mutua dependencia* que existe entre las técnicamente llamadas *formal y trascendental*, y su dependencia bajo ambos conceptos de la verdad por esencia, que es Dios.

Hemos de esta unidad inferido, la *armonía que guardan entre sí la fe y la razón*, como consecuencia legítima, natural y necesaria.

De lo cual hemos deducido asimismo la *imposibilidad intrínseca* de que sea contrarias las afirmaciones de una y otra, ni mucho menos contradictorias; reduciéndose tan solo a la condición de *aparentes, las oposiciones* mutuas que ofrecen a nuestra débil y escasa inteligencia: de lo cual a su vez resulta, que únicamente son *argumentos sofisticos, los raciocinios en que semejante oposición estriba*.

De esta base fundamental hemos partido para proponer también, siquiera con harto laconismo, los *benéficos resultados de la doctrina católica*, expresión genuina de las *enseñanzas de la fe*, para la sociedad y los individuos, y *su poderosa y eficaz influencia en los legítimos adelantos* a que una y otra han llegado, y en el grado de civilización que actualmente poseen.

Hannos conducido en esta investigación guías tan entendidos y autorizados, como son el eminente orador católico, P. Félix, de la Compañía de Jesús, Balmes y Lacordaire, cuyos ilustres nombres y de todos conocidos en el mundo de las letras, bastarían por sí solos a garantizar la verdad de cuanto hemos dicho, aún cuando no presentaran, como en efecto las presentan, pruebas tan sólidas y convincentes, como son la *oposición al yo*, tan funesto en la investigación de la verdad, de la doctrina católica, y la *fijeza y uniformidad* de esta. Sonlo asimismo, a su vez respecto a lo que consignado hemos sobre la *unidad de la verdad*, juntamente con el de Balmes ya citado, los no menos ilustres nombres de Santo Tomás de Aquino, y su eminente discípulo y comentador, el actual obispo de Córdoba, Sr. D. Fr. Ceferino González.

De intento repetimos la cita de tan sabios escritores, para que, a más de la intrínseca y propia, reciba de ellos la doctrina que dejamos expuesta, la fuerza y autoridad que nosotros no podemos darle.

¿Será contrario a la razón y a la *filosofía*, lo que hombres de tan clara inteligencia, de tan exquisito criterio, de tan vasta y profunda erudición, y

tan amigos de aquilatar a la luz de la razón, todas sus producciones, afirman sin vacilar como cierto y ajeno de toda duda?

Y en verdad ¿no condenan la *razón y la filosofía* la diferencia esencial de razas entre los llamados *libres* y los llamados *esclavos*? Sí.

Pues también la condenan la *fe* y el *catolicismo*.

¿No proclaman la *razón y la filosofía y la perfectibilidad indefinida* de nuestras facultades en la ciencia, en la literatura y en las artes, hasta llegar al ideal de las mismas, tipo esencial, infinito y por lo mismo primordial también, de toda verdad, de todo bien, de toda belleza? Sí.

Pues esa misma *perfectibilidad indefinida*, enseñan la *fe* y el *catolicismo*, mientras nuestras facultades no posean a Dios en sí mismo, que es ese tipo esencial, infinito, y primordial de lo verdadero, de lo bueno y de lo bello.

La *razón y la filosofía* nos dicen que la sociedad es imposible sin la justicia que establece el derecho de los individuos que la constituyen a la propiedad de los bienes legítimamente adquiridos; a la debida consideración a los iguales, y fidelidad en los pactos que mutuamente celebren; a la tutela y recta dirección de la autoridad que les rige; y el deber que a su vez tienen los mismos de no tomar lo ajeno injustamente, de no herir la dignidad humana de sus semejantes, ni la que de cualquier otro género pueda distinguirles; menospreciándola positivamente por alguno de los varios modos en que esto suele hacerse, o tratándoles con desdén, juntamente con el de respetar y obedecer a las autoridades.

Y eso mismo nos dicen la *fe* y el *catolicismo*, mandándonos, «amar a nuestros prójimos, como a nosotros mismos», ser obedientes a la autoridad, «no solo por el tenor de sus iras, sino también por respeto a la conciencia»; prohibiéndonos el hurto la maledicencia y hasta los juicios temerarios.

La *fe y el catolicismo*, inculcándonos el ejercicio de la caridad fraterna, de la justicia, de la humildad y de la obediencia, entre otras muchas virtudes, nos dispone y prepara de la manera más completa para vivir en la sociedad.

La *razón y la filosofía* reconocen la necesidad de que existan ricos y pobres, limitándose sus esfuerzos a mejorar en lo posible la condición de los últimos, a la vez que indican el uso racional que los primeros deben hacer de sus bienes.

Y el *catolicismo* y la *fe* suponiendo esa misma necesidad de que existen ambas clases, advierte a los ricos el riesgo de su salvación, si no hacen un recto uso de sus riquezas; ordenándoles dar limosna de lo sobrante; al paso que exhorta particularmente a los pobres, a que «con el sudor de su rostro coman su pan»; conformándose así de una manera especial con la sentencia pronunciada sobre la humanidad entera por el Supremo Juez del Universo, después de la primera culpa de aquella y en justo castigo de ella.

La *razón* y la *filosofía* reconocen como base fundamental y necesaria de la sociedad, como sociedad rudimentaria, la familia recta y establemente constituida, ligando a los cónyuges con lazo indisoluble para atender así de un modo más eficaz y seguro a la educación física y moral de los hijos, esperanza de la sociedad para lo futuro; cerrando al propio tiempo la puerta a los desordenes que ocasionaría una unión menos fuerte y duradera.

Y la *fe* y el *catolicismo* sancionan esto mismo con sus enseñanzas tan severas y terminantes sobre la constitución perpetua, indisoluble, de la familia, consagrada por la intervención augusta de la religión, en sus varias relaciones de *esposo y esposa, padres e hijos*: semblanza en lo humano de *la unión de Cristo con su iglesia, y de Cristo y su iglesia con todos los fieles cristianos*. Únicamente hemos presentado el paralelo en estas materias, porque son de los más principales y esenciales a las necesidades de la sociedad y del individuo; porque por lo demás, el mismo resultado obtendríamos si entrásemos en el análisis comparativo de todos los ramos del saber humano, en el actual estado de perfección en que puedan encontrarse.

La *fe*, pues, y la *razón*, el *catolicismo* y la *filosofía*, como manifestaciones, aunque en diverso orden, *de una misma verdad*, la verdad primera, Dios, y en razón a *su mutua dependencia* por parte de *su origen, de su objeto y de su fin*, hállanse en perfecta armonía, unidas con íntimas y necesarias relaciones.

Es por lo tanto un error, no solo afirmar su oposición y contradicción mutuas, sino también su completa separación e independencia; y toda doctrina, toda institución que de alguna manera entrañe semejante afirmación, lleva en sí misma un principio deletéreo, un vicio radical y de origen, cuya perniciosa influencia viene al fin a corromperla y destruirla.

¿Nos propasaremos si añadimos ahora que en lo que acabamos de consignar se encuentran, a no dudarlo, los datos y el procedimiento para despejar esa perpetua *incógnita* cuyo esclarecimiento buscan con creciente anhelo, aunque en vano, las sociedades separadas de Dios y de su Iglesia?

De todos modos, es a todas luces erróneo decir con los secuaces del *Deus in fieri* de Hegel, con los partidarios de la verdad y del bien relativos no más, con los apóstatas del bien y de la verdad absolutos, que el catolicismo es una institución añeja, un sistema anticuado, que tuvo en un tiempo su misión histórica, más incompatible ahora con los actuales adelantos de la *razón* y de la *filosofía*.

Y serán siempre una verdad las palabras del Ángel de las escuelas, que nos han servido de tema, a saber: «El que, pues, considera absolutamente la más alta de las causas de todo el universo, que es Dios, dicese mayormente sabio... Y la doctrina sagrada (comprendida en las enseñanzas de la Iglesia católica) resuelve con mejor propiedad acerca de Dios en cuanto es la más alta de las causas... por lo cual la doctrina sagrada dicese sabiduría mayormente».

No hay otro fundamento, ni otro camino, ni otro término.

Dentro de aquí, la verdad con sus hermosas regiones de luz.

Fuera de aquí el error con sus horrorosas tinieblas.